

CAPITULO III.

Deposición de el Horr.—Alsamah, Abderrahman el Gafeki, Ambiza, Yahia, Hodeifa, Abu-Neza y Alhaitam.—Abderrahman segunda vez.—Derrota de Poitiers.—Abdelmelek y Ocba.

VUELTO el Horr de la Galia, fueron tales los desmanes que cometió, tan grandes las violencias que llevó a cabo y los castigos que impuso a los que, mas probos y humanos, se oponían a sus atropellos ó no los favorecían, que árabes, africanos y españoles, elevaron su voz contra él y sus clamores llegaron á oídos del Califa, quien se apresuró á arrebatárle un poder de que tan mal usaba y entregárselo á *Alsamah-ben-Melek*; este al principio se contentó con dedicarse á reorganizar el país que habia quedado bastante malparado de la dominación del Horr, y bajo este aspecto efectuó útiles reformas, estableció un sistema tributario regular, distribuyó por suerte las tierras cuyos dueños habian muerto ó desaparecido, enviando al Califa una relación estadística de la población del país y sus diversas clases de riqueza, y una descripción de sus ciudades importantes, rios, costas y montañas.

Pero una vez hecho esto quiso, á semejanza de sus antecesores, probar la suerte de las armas, y ansioso de gloria se internó en la Galia, no contentándose con recorrer la Septimania, sino avanzando hasta la Aquitania perteneciente al conde Eudon y poniendo sitio á Tolosa.

Atacóla con denuedo, mas resistieron valerosamente los de dentro; sin embargo, hubiérala tomado á no haber acudido en su socorro el mismo Eudon con numerosas fuerzas. La muchedumbre de los enemigos no impone á Alsamah que los acomete impetuosamente: retroceden estos, pero se reponen en breve, y la lucha se encarniza á pesar de los esfuerzos de los jefes de ambos ejércitos. La victoria permanece indecisa hasta que un soldado cristiano atraviesa de un lanzazo á Alsamah que cae de su caballo, con lo cual, desmayando los suyos y cobrando nuevos bríos los adversarios, les obligan á huir por doquiera, refugiándose en Narbona los que logran sobrevivir á la derrota.

Tuvo lugar este importante suceso en el año 721 de nuestra era.

Congregados en Narbona los restos del ejército musulman eligieron para sucesor de Alsamah á *Abderrahman el Gafeki*, cuyo nombramiento confirmó despues el Califa, y que bien pronto, contentiendo á las tropas de Eudon que avanzaban, y reprimiendo los movimientos que la noticia de la derrota de Tolosa produjo en la Septimania, demostró no ser indigno del puesto que ocupaba.

Por desgracia sus buenas prendas y el amor que le profesaban los soldados por su liberalidad le trajeron la envidia y enemistad de los jefes quienes procuraron malquistarle con el Califa, pintándole como corrompedor de la sencillez y frugalidad musulmanas y al fin consiguieron que este lo depusiera y sustituyera con *Ambiza-ben-Selim*.

Justo y templado, aunque no largo, fue el gobierno de este emir cuyas primeras disposiciones fueron tambien encaminadas á mejorar la administración, regularizar la percepción de impuestos y socorrer á los pobres y soldados veteranos con los terrenos baldíos; jamás la justicia se ha administrado con mayor imparcialidad y sin mirar si el querellante era musulman ó cristiano; jamás tampoco hubo emir cuyo nombre fuese mas respetado y bendecido de unos y otros.

Verificado esto y deseoso de vengar la afrenta que en Tolosa habian recibido sus huestes, preparó una formidable expedición al frente de la cual penetró en la Septimania, apoderándose de Agda, Beziers, Nimes y cuantas ciudades de ella se habian preservado hasta entonces de la dominación árabe; pero no satisfecho con esto se internó en la Borgoña, y Lyon y Autun cayeron tambien en su poder. Pretendió avanzar aun pero fue muerto en un combate el año 725.

No obstante sus servicios, la designación que de *Hodeirah-ben-Abdallah* habia hecho para sucesor suyo antes de espirar, no mereció la aprobación del Califa quien en sustitución envió á *Yahia-ben-Salemah*, de grandes dotes militares, pero severo é inflexible hasta la crueldad.

Bien pronto estas cualidades le enagenaron las simpatías de los demás jefes quienes pidieron su deposición al emir de Africa; accedió este en nombre del Califa y le reemplazó por *Hodeifa-ben-Alhans*, cuya ineptitud le hizo correr la misma suerte que su antecesor, pocos meses despues.

Othman-ben-Abu-Neza, á quien otros nombran *Munuza*, fue esta vez el elegido, pero tampoco consiguió agradar á los otros jefes que, viendo la facilidad con que á sus demandas accedia el emir africano, no vacilaron en pedir que fuera tambien destituido; dando este, con el nombramiento de *Alhaitam-ben-Obeid*, una nueva prueba de su debilidad.

Si crueles y avarientos habian sido algunos de los anteriores emires de España este les superó á todos; la noticia de sus desmanes llegó hasta Damasco y deseoso el Califa de ponerles término envió á *Mohamed-ben-Abdallah*, con encargo de deponerle y castigarle si lo merecía, como efectivamente lo hizo.

Dos meses estuvo aun en España Mohamed y durante ellos disfrutó esta de paz y templado gobierno, nombrando al partir, emir de España á aquel *Abderrahman*, que solo por intrigas de los caudillos habia sido depuesto.

Sin embargo de su buen comportamiento, los berberiscos estaban descontentos de él porque siendo de pura raza árabe procuraba favorecer á lossuyos, y esto, unido á la envidia no amortiguada de algunos jefes, dió lugar á que se tramara una conspiración cuyo principal fautor no era otro que Abu-Neza, quien, como sabemos, fue tambien depuesto del cargo de emir y ansiaba volver á ocuparle.

Mucho inquietaban á Abderrahman los síntomas de descontento que entre los africanos notaba, y poniendo en ello especial cuidado, llegó á dar con la causa que le producía, por lo cual y deseando emprender una expedición á la Galia, comprendiendo la imprudencia que cometería en dejar á sus espaldas un foco semejante de rebeldía y un adversario tan temible como Abu-Neza, decidió apoderarse de él y dió orden al sirio *Godhi-ben-Zeyan* de que vivo ó muerto le llevase á su presencia.

Enterado él de esto huyó de su casa en compañía de su esposa Lampegia al aproximarse á ella Gedhi con un fuerte destacamento; pero perseguido por este vivamente fue sorprendido al fin en un valle donde se detuvo á descansar y alanceado por sus soldados al pretender hacer resistencia. Su cabeza fue enviada á Abderrahman, quien á su vez hizo llevarla al Califa explicándole las causas que le habian impelido á tal determinación.

Calmados los ánimos con este castigo pudo dedicarse por completo á realizar un proyecto de expedición á la Galia, cuyos grandes preparativos hicieron presumir un éxito muy diferente del que tuvo.

Los primeros pasos del ejército árabe no pudieron ser mas felices. Trasponiendo los Pirineos y desparramándose por la Aquitania se apoderaron de cuantas poblaciones hallaron al paso, encontrando resistencia seria tan solo en Burdeos, que sin embargo cayó tambien en sus manos, dando muerte al gobernador por confundirle con Eudon.

Sabedor este de tan terrible invasión junta sus fuerzas y marcha al encuentro de Abderrahman á quien halla ya mas allá del Doradoña, y, á pesar de su valor, es derrotado y sus tropas se dispersan. Tras esta victoria el ejército musulman sentó sus reales delante de Poitiers, cuyos defensores no amilanándose por ver tremolar en los arrabales el estandarte del profeta, se aprestan á resistirse hasta el último extremo.

Dudando en vista de esto el emir árabe, si permanecer frente á Poitiers ó dirigirse á Tours viene á decidirle la noticia de que Carlos llamado despues Martell, mayordomo de palacio de la Austrasia, se dirige en su busca con numerosas fuerzas, entre las que se encuentran los restos del ejército de Eudon; en consecuencia ordena sus tropas y se dispone al combate.

Avistanse los dos ejércitos, que ocupan las llanuras comprendidas entre las dos ciudades antes nombradas, y durante seis dias contentáanse con escaramucear tanteando sus respectivas fuerzas; empéñase al séptimo la batalla, y no obstante los esfuerzos de unos y otros llega la noche sin que la victoria se decida. La llegada del nuevo dia es la señal del combate; los ginetes árabes, y á su frente Abderrahman logran romper la línea de los francos, desordenanse estos, y todo hace creer que el triunfo pertenecerá á los sectarios de Mahoma, cuando un incidente viene á cambiar la suerte de las armas.

Deseoso Eudon de vengar su derrota ha hecho un movimiento de flanco y acometido al campamento enemigo donde los musulmanes tenian todo el botín de las anteriores batallas: el temor de perderlo se sobrepone á todo otro sentimiento, y retroceden para defenderlo, lo cual engendra entre ellos el desorden, y da ánimo á los contrarios; acometen estos á su vez con mayor brío: la confusión de los árabes aumenta; inútil es que Abderrahman trate de contenerla, y la muerte de este, acuchillado de heridas, acaba de acrecentarla; atemorizados los sarracenos huyen por todas partes y su pánico es tal, que aunque la llegada de la noche impide á los cristianos perseguirlos, no se creen seguros hasta verse amparados de las murallas de Narbona.

Este importantísimo triunfo acaecido en 732, fue el que valió á Carlos Martell este epíteto «por los terribles golpes que á manera de martillo descargó con su maza sobre los enemigos en esta batalla (1).»

Nombrado en su lugar el anciano *Abdelmelek-ben-Cotan*, intentó una nueva invasión en la Galia, pero sufrió un terrible descalabro de los cristianos de la Vasconia, reanimados con el éxito de la batalla de Poitiers, y tuvo que retroceder, siendo por ello depuesto y encargado su sucesor *Ocba-ben-Athegay* de examinar su conducta.

Probo este hasta lo sumo castigó severamente á los funcionarios codiciosos, dilapidadores ó concusionarios; creó los *Kaziefes* (descubridores) destinados á la persecución de los bandidos; niveló los tributos; empadronó á los vecinos de todas las ciudades, y tomó otra multitud de sábias providencias; pero llamado por el walf de Africa para reprimir á los berberiscos que amenazaban la autoridad del Califa, cuando se disponia tambien á penetrar en la Galia, lo dejó todo, y marchando á Córdoba se embarcó y atravesó el Estrecho con algunas tropas el año 737 de Jesucristo.

(1) *Cron. de Saint-Denis.*



D. PELAYO.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, Myzb

CAPITULO IV.

Reinado de Pelayo.—Su muerte.—Sucédele su hijo Favila.—Su temprana muerte.—Advenimiento de Alfonso I el católico.—Estado de la España musulmana al tener lugar este acontecimiento.

VENCIDOS los musulmanes en Covadonga, ó no dieron importancia alguna á su derrota ó, lo que es mas probable, entretenidos con las interiores discordias y las expediciones á la Galia no se cuidaron para nada de un tan significativo hecho. El resultado fue que, no molestados los cristianos que aquel triunfo habian obtenido por nuevos ejércitos enemigos, y, por el contrario, libres de la incómoda vecindad del emir Abu Neza, á la sazón gobernador tan solo de Gegio, quien al tener noticia del desastre de Alkamah se apresuró á evacuar á Asturias y retirarse al interior, pudieron proclamar rey, sin obstáculo alguno á Pelayo, elevándole sobre un pavés en el sitio que aun hoy conserva el nombre de campo de *Repelajo*, situado en la salida de la cueva de Covadonga, y dar así principio al reino de Asturias.

Diez y nueve años ocupó Pelayo el trono. Durante ellos, la población de su reino adquirió gran incremento, pues, sabedores los habitantes de las comarcas vecinas que habia un rincón de tierra en la Península donde se podía adorar á la cruz sin trabas de ninguna especie, y hablar el propio idioma sin escuchar el de los sectarios del profeta; un rincón de tierra en el cual el aire de la libertad y la independencia dilataba los pulmones, acudían presurosos á él en número considerable, prefiriendo hacer la vida azarosa, pero libre de las montañas, á la esclava aunque pacífica y tranquila de las ciudades.

La Providencia recompensó su abnegación. Aumentando las discordias intestinas de los musulmanes y empeñándose estos mas y mas en la conquista de la Galia, no hicieron caso del incremento que el reino de Pelayo iba tomando, y sus vasallos pudieron, sin temor alguno, dejar las ásperas breñas; descender al llano; edificar ciudades; ensanchar y fortificar las que ya existían, y dedicarse impunemente á la labranza, al pastoreo y a las artes y oficios, á la par que el convencimiento de esta seguridad atraía continuamente nuevos pobladores.

Pelayo por su parte, lejos de aprovecharse de la inercia de los árabes para arrojarlos á temerarias empresas que podían haberle costado caras, se mantuvo pacífico, comprendiendo que el porvenir de su naciente estado estribaba en no llamar sobre sí la atención de sus enemigos hasta hallarse en disposición de contrarrestarlos; sin que por esto dejara de hacer ejercitar á sus súbditos en el manejo de las armas para prevenirlos contra los peligros que pudieran sobrevenir.

De esta manera reinó hasta el año 737 en que falleció en Cangas tan pacíficamente como habia reinado, coincidiendo su muerte con la partida del emir Ocha á Africa para sujetar á los inquietos berberiscos. Fue enterrado en la iglesia de Santa Eulalia de Abamia, á una legua de Covadonga.

Los grandes eligieron para sucederle á su hijo Favila, cuyo reinado fue cortísimo y poco notable. El único hecho de este rey que mencionan las crónicas es el de haber edificado en los alrededores de Cangas una iglesia llamada de Santa Cruz.

Si su reinado fue insignificante su muerte fue trágica. Era apasionadísimo por la caza, y una vez acosó con harta imprudencia á un oso que, volviéndose de repente le hizo pedazos. Aconteció este lamentable suceso el año 739.

Los hijos de Favila eran al morir este, de muy temprana edad y comprendiendo los grandes que en la situación en que se hallaban era necesario que el monarca que les gobernara pudiera hacer frente á los peligros, les guiara al combate en tiempo de guerra y en el de paz les rigiera con acierto, eligieron para suceder á aquel, á Alfonso, hijo de un duque de Cantabria, casado con Ermesinda, hija de Pelayo y yerno por consiguiente de este. Lo acertado de la elección presto vinieron á demostrarlo los acontecimientos.

Como quiera que el reinado de Alfonso es de gran importancia, precisa antes de dar cuenta de los hechos que en él tuvieron lugar, examinar cuál era la situación en que se hallaba la España musulmana.

Mientras Ocha en Africa se las habia con los berberiscos, los walfes y gobernadores entregados á sus particulares rencillas, descuidaron por completo el cumplimiento de sus deberes, á excepcion del ex-emir Abdelmelek, que juzgado por su sucesor de orden del califa, y no encontrándole criminal, fue destinado por este á las fronteras del Norte en calidad de comandante de la caballería; donde hizo esfuerzos prodigiosos para reprimir á los inquietos.

Ya Carlos Martell, conociendo el partido que de este desorden podia sacar, guerrecaba con calor en la Galia, procurando arrancarla de manos de los musulmanes. Sangrienta y hasta bárbara era la conducta que observaba; pero dióse tal maña que cuando, en el año 741 falleció, la media luna solo dominaba en Narbona y en algunas pocas ciudades de la Septimania.

En el mismo año regresó Ocha á la Península, despues de haber sujetado á los berberiscos y enterado del desorden en que se hallaba el Gobierno se disponía á ponerle el oportuno correctivo; mas le sorprendió la muerte en Córdoba sin tener apenas tiempo de confiar el mando á Abdelmelek.

Entretanto los berberiscos de Africa, libres de la presencia de Ocha, que con su valor y pericia habia logrado dominarles, sublevá-

ronse de nuevo con mejor fortuna, pues los árabes, sirios y egipcios coligados fueron derrotados en dos sangrientas batallas sucesivas y veinte mil de los segundos acaudillados por Baleg y Thaalaba fuéron á buscar un refugio en Ceuta donde se mantuvieron hasta que escaseando las provisiones enviaron emisarios al emir de España en demanda de socorro. Fueles negado, y aun habiendo querido dárselo un musulman llamado Zehiad ben Amru, fue condenado á la horca; colgándole en efecto entre un perro y un cerdo para mayor ignominia: pero entonces ocurrieron nuevos acontecimientos que cambiaron por completo la situación.

Sabedores los berberiscos de España de lo que en Africa ocurría subleváronse á su vez y simultáneamente se dirigieron sobre Toledo y Córdoba, la antigua capital del mismo reino godo y la nueva de los musulmanes, poniendo en gran aprieto á Abdelmelek, á quien encerraron en la última. Entonces fue este el que envió comisionados á Ceuta, los que pactaron con Baleg un arreglo en virtud del cual los sirios pasaron á España en auxilio de aquel, á condición de volver á Africa cuando se les mandara.

Una vez unidos los soldados del emir á los de Baleg salieron al encuentro de los berberiscos, y acometiéndoles con ímpetu, lograron derrotarles; hasta entonces todo fue bien; pero cuando se trató de hacer reembarcar á los sirios, estos se negaron y rebelaron contra el emir, que cayendo en su poder, fue ahorcado entre un perro y un cerdo, á semejanza de lo que él habia mandado hacer con Zehiad, de orden de Baleg, á quien proclamaron emir sus tropas.

Nuevas complicaciones surgieron de este hecho. Los árabes andaluces se levantaron á su vez contra los sirios; Thaalaba, el segundo de Baleg, llevado de su ambición no quiso reconocer á este como emir; y Abderrahman ben Alkamah, wali de Narbona poniéndose al frente de un ejército de insurgentes, marchó al encuentro de Baleg. Encontráronse ambos en *Calat-Rahba* (Calatrava) y el segundo fue derrotado y muerto por la misma lanza de su competidor. Thaalaba acaudillando los restos del ejército sirio, retrocedió, se apoderó de Mérida, entró en Córdoba y allí se hizo proclamar emir.

A este general desconcierto contribuían ya los cristianos del Norte de la Península, vascones, cántabros, euskaros y gallegos, que viendo el progreso é incremento del reino de Asturias y el estado de decadencia de los árabes, empezaban también á sentir deseos de imitar á los asturianos y lo realizaban al principio en pequeñas partidas sueltas, que se mantenían en las montañas, despues en mas fuertes destacamentos pero aun sin organizacion, y finalmente en gruesos cuerpos que se entendían entre sí y ya se atrevían á bajar á la llanura á medir sus armas con las de sus adversarios. Estos movimientos fueron el origen y principio de otros mayores que dieron por resultado la formación de nuevos reinos y concurrieron en gran manera á la realización de la *Reconquista*.

Tal era el aspecto que presentaba la España cuando Alfonso I subió al trono asturiano.

El desorden, la confusion, las guerras intestinas, el caos, en fin, entre los árabes.

La animacion, el deseo, ó por mejor decir, el hambre de libertad é independencia, entre los cristianos que no mucho antes apenas osaban mirar de frente á sus opresores.

De estas circunstancias supo sacar un partido extraordinario Alfonso I.

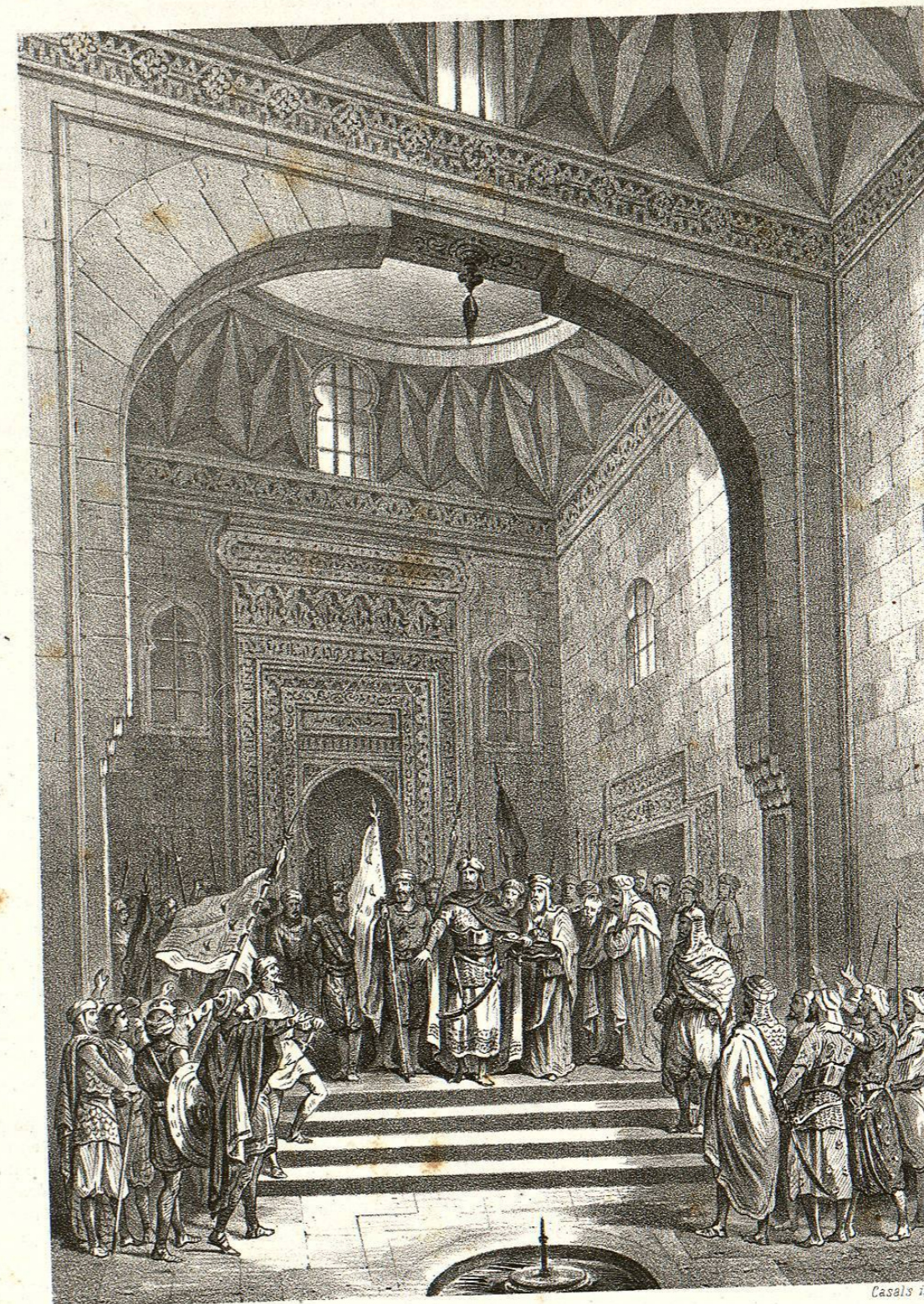
Conociendo á fondo el carácter de su pueblo, procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance, excitar su celo patriótico y religioso, y animarle á lanzarse á las empresas que su fogosa imaginacion proyectaba.

Una vez logrado esto se puso al frente de su ejército en el cual iba también su hermano Fruela y dispúsose á invadir la Galicia.

De ambos hermanos hace Ambrosio de Morales el siguiente tratado:

«Era el rey D. Alonso hombre de grande ánimo para emprender cualquier gran hecho, y de igual esfuerzo para acometerlo. Tenia también ya experiencia de las fuerzas de los moros, como la habia adquirido en las guerras de su suegro. Sobre todo era extremadamente religioso, hasta merecer el renombre que por tal se le dió. Así tenia todo su pensamiento y confianza puesto en Dios, y con su ayuda no dudaba entrar en grandes conquistas, mayores de las que nadie le pudiera aconsejar, ni aprobar para ensalzamiento de la fe cristiana y remedio de la miserable España. Habíéndole dotado Dios, de mas de esto, de un cuerpo muy grande, como se parece ahora en sus huesos, de que dirémos en su lugar; y en miembros tan rícos y crecidos debia haber unas valientes fuerzas para que todo aquel robusto instrumento fuese el que habia menester la grandeza del ánimo que lo meneaba. Llevaba el rey D. Alonso consigo siempre en la guerra un hermano suyo, llamado Froila, á quien comunmente corrompido el vocablo solemos llamar Fruela; y por ser de tal casta y tener tal hermano, y hacer tanta cuenta de su persona nuestros historiadores, se puede muy bien creer era un valeroso capitán, y por tal señalado en toda esta santa guerra, y de él y de un hijo que tuvo habrémos de tratar adelante mas en particular (1).»

(1) *Crónica general de España*, t. XIII, l. X.



ELEVACION DE JUSUF-BEN-ABDERRAHMAN.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.